

La pobreza en *El Lazarillo de Tormes* como metonimia de una crisis de valores

Paula Jojima

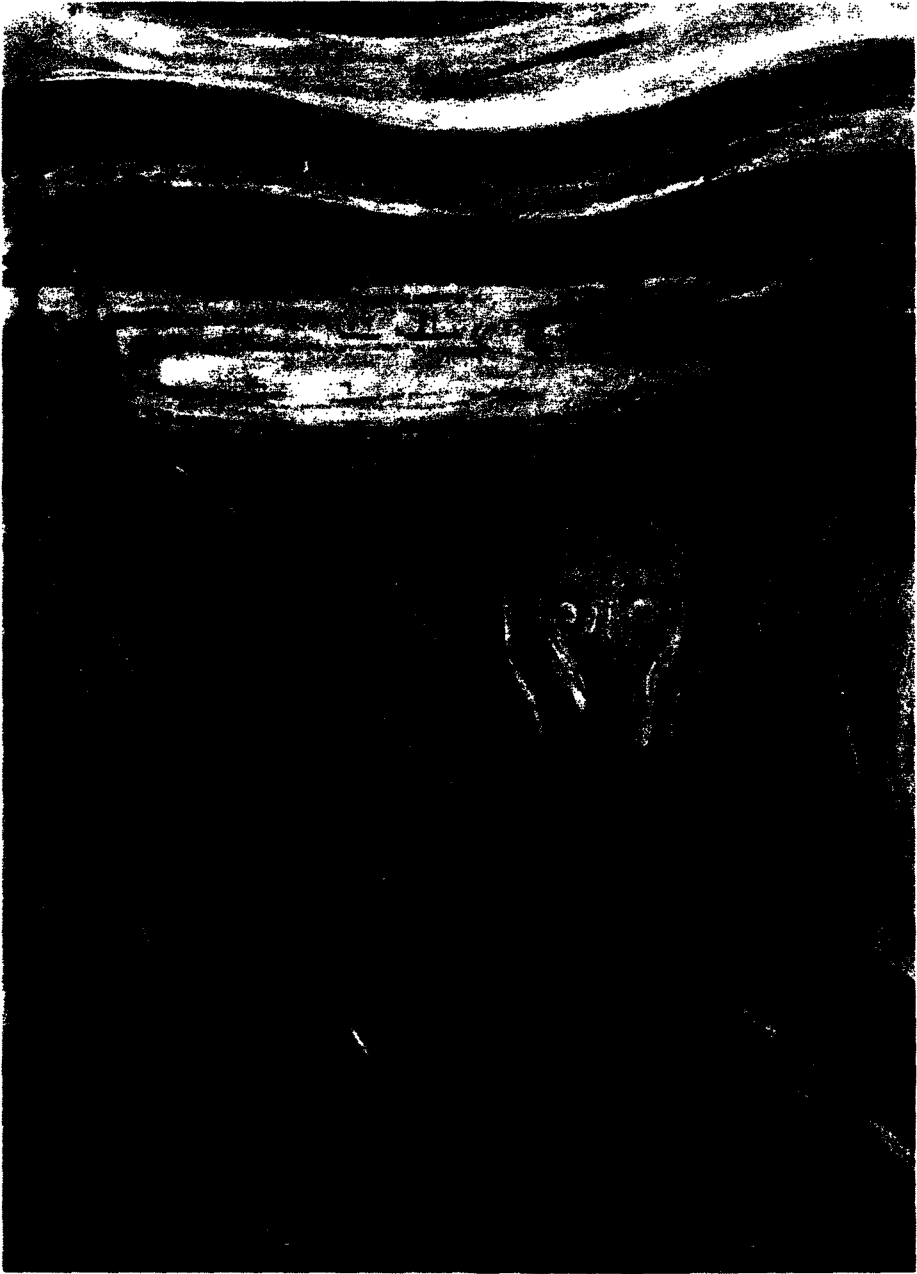
Universidad de Londres

El párrafo final del *Lazarillo* puede tomarse por ilustración agorera del fenómeno de polarización social que marcó el declive del siglo XVI, según el estudio de Braudel:

... de una parte, una nobleza rica, vigorosamente rehecha en torno a familias poderosas y combativas, apoyadas en enormes extensiones de tierras; de otra parte, una masa de pobres cada vez más numerosos y más miserables, orugas o saltamontes, verdaderas nubes de insectos humanos. Una inmensa grieta parte en dos a las sociedades humanas, abriendo en ellas un profundo abismo que ya nada podrá cerrar...¹.

La entrada en Toledo para inaugurar Cortes del «victorioso emperador», Carlos I de España y V de Alemania, paradigma del poder dinástico-nobiliario, es reseñada por su antítesis, un miserable con nombre prestado de pobre por antonomasia: Lázaro. Aceptando que la obra fuese redactada c. 1554 y las Cortes aludidas las de 1538-1539, con medio siglo de adelanto, el anónimo autor nos ofrece, en el ámbito poético, una visión social dicotómica coincidente con la interpretación que del mundo finisecular nos proporciona la historia contemporánea. La profundidad del abismo que separa a Carlos de Gante de Lázaro de Tormes es inconmensurable; quizá, si no fuese un anacronismo, podría ser expresada por el concepto de «universos paralelos» propuesto por la física moderna. La «grieta» con la que Braudel expresa la hendidura de la textura social aparece aquí encarnada en las cicatrices que estigmatizan la cara del pobre Lázaro, partida por el jarrazo del ciego. En una sociedad dominada por un ideal de perfección que incluía cuerpo y alma, ciencia y virtud —principalmente si el todo iba adornado por bienes de fortuna— el indigente, el analfabeto, el tarado habían dejado de ser simplemente pobres; ahora se sentían además pobres e irremediabilmente desdichados.

¹ BRAUDEL, F., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, 1953, II, pp. 59–60.



El Lazarillo examina el aspecto existencial de la pobreza en el marco del brillante mundo del humanismo renacentista. Nuestro «complaciente», carirrajado y desdentado pregonero dando voces parece encarnar la degradación sufrida por la imagen del pobre. No sólo se nos presenta como el hazmerreir del pueblo, sino lo que es más grave como alguien que había perdido el respeto de sí mismo; su sola escapatoria se la proporcionaba el vino: pregonero y mojón público son sinónimos². No frío cinismo sino ética inconsciencia era lo que permitía a Lázaro proseguir haciendo alarde público de su deshonra. Nuestro pregonero se atrincheraba tras la ebriedad conseguida y garantizada por su actividad de catador.

La expresión «orugas o saltamontes», recogida por Braudel como gráfica ilustración del desprecio al pobre a finales del XVI, se atribuye a quien Lázaro designa como «nuestro victorioso emperador». En 1552, durante el fallido asedio de Metz, el no tan invicto emperador parece haber expresado su alivio —al enterarse de que las bajas de su ejército se habían dado predominantemente entre las filas de los pobres soldados de infantería— designando a los caídos en los citados términos entomológicos³. La «ocurrencia» del César es ilustrativa de la desacralización de la imagen del pobre. El *sanctus pauper*, hasta entonces representación física del Cuerpo de Cristo, había sido remplazado por un concepto incorpóreo y saneado, Su Cuerpo Místico. El príncipe ya no precisaba del pobre; éste se había convertido en algo no sólo desechable sino miásmico. Se le percibía como una amenaza a la salud y orden públicos. Para la psique colectiva, su imagen evocaba grupos itinerantes de vagabundos, indisociables de la noción de fermento subversivo y de propagación patológica. El autor anónimo rescata a su criatura de la masa informe a la que la sociedad contemporánea le había condenado por su condición de pobre. Se podría decir que efectúa un canje: pagará la individualización de Lázaro con su propio hundimiento en el anonimato. No obstante, dado el delicado tenor de la misión encomendada al héroe de la «nonada», el trueque de plazas será para beneficio mutuo. El *Lazarillo* escenifica el proceso de conceptualización que se venía operando en la nueva percepción de Cristo fomentada por Erasmo, e invita a una reflexión sobre sus posibles consecuencias⁴. La vida de Lázaro es un calvario, una existencia malograda en la que no avanza, envejece. Prematuramente agotado física y mentalmente por años de una actividad tan febril como estéril, en su primer momento de sosiego el joven/viejo sólo anhela «tener descanso y ganar algo para la vejez». Lázaro parece dispuesto a tirar la toalla; expresa su desgana vital por medio de un concepto que sugiere abandono,

² «Cette synonymie est mise en évidence par un texte de Cristóbal de Villalón», *El Scholastico*, Soc. de Bibliófilos Madrileños, Madrid, 1911, V, p. 187. Francisco Delicado, en su introducción al L. III de *Primaleón* (Venise, 1534, fol. CLXVIIr), se refiere al rol de «dégustateur» del pregonero, BATAILLON, M., Introducción a *La vida del Lazarillo de Tormes*, París, 1988, p. 45, n. 2.

³ BRAUDEL, F., *La Méditerranée et le Monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, 1949, p. 622.

⁴ FEBVRE, L., *The Problem of Unbelief in the Sixteenth Century, The Religion of Rabelais*, tr. por Beatrice Gottlieb, Camb. Mass. and London, 1982, p. 324.

dejamiento, capitulación y esfumación del «yo». «Quiso Dios alumbrarme», en estos términos anunciará la toma de su degradante decisión final⁵. Lázaro recurre a la confusa noción de «alumbramiento» ya que no puede refugiarse en el sufrimiento de Cristo; el mundo conceptual en el que se encuentra inserto adolece de falta de representaciones de la Crucifixión⁶.

El paroxismo de la violencia sufrida por Lázaro a manos del ciego y del cura de Maqueda se sitúa en los primeros años de su vida errante. Lázaro no siendo más que un niño padece un verdadero martirio. Sin embargo, su pobre cuerpo llagado, aunque despierta piedad en las buenas gentes sencillas, ya no se percibe, ni entre ellas, como la personificación de la agonía de Cristo. La disociación de la imagen del pobre de la imagen del Redentor privó al pobre de respeto, de dimensión trágica; le desdignificó. Los desastres del malherido provocaban hilaridad: «era la risa de todos tan grande, que toda la gente que por la calle pasaba entraba a ver la fiesta». Despojado de las pautas que habían dado sentido a su vida de sufrimiento, el pobre se encontraba sumido en la desorientación. Si la pasión y muerte de Cristo empezaban a interpretarse por la *intelligentsia* erasmista en sentido místico, ello indudablemente tuvo que fomentar un ambiente desfavorable a la sublimación del dolor del miserable por medio de su tradicional identificación con la Cruz. Lázaro perderá dos veces el sentido: una tras el jarazo del ciego y otra tras el garrotazo del cura de Maqueda, tal vez como ilustración de lo absurdo e intolerable del sufrimiento humano desprovisto de significación. Mientras que la élite intelectual cavilaba sobre bajo qué especies se debía de expresar la nueva cristología, Lázaro devoraba bodigos y blasfemaba jurando «sobre la hostia consagrada».

El autor recoge un clima de inseguridad afectivo-espiritual que puede interpretarse, por lo menos parcialmente, como resultado de la fundamental mutación que sacudió los mismos cimientos del mundo occidental. La revolución cultural llevada a cabo por los humanistas rechazaba los esquemas mentales hasta entonces en vigor y buscaba su inspiración más allá de la teología cristiana y del escolasticismo. Los nuevos pensadores-teólogos bebieron en la fuente de la antigüedad grecolatina: substituyeron el elogio de la pobreza por el elogio de la prosperidad, y ensalzaron la noción de éxito. Lázaro, haciéndose eco de los nuevos valores, designará el ascenso social como «virtud», y su descenso como «vicio». Este cambio de perspectiva explica que un grupo de ricos denunciase a Juan de Ávila durante el curso de sus predicaciones andaluzas porque,

⁵ «Pregonero... oficio mui vil y baxo...», *Diccionario de Autoridades*, Madrid, 1990. En su caso con el agravante de estar relacionado con su casamiento cartujano.

⁶ La referencia en el episodio del buldero al llanto provocado entre los feligreses por «los sermones de pasión, de predicador y auditorio devoto», se suele interpretar como una denuncia de corte erasmista contra una religiosidad católica no reformada: gestual, lacrimosa y manipuladora de la credulidad del pueblo. No obstante, dados el déficit afectivo y la incomunicación que caracterizan la obra, la citada alusión podría expresar no ya condena, sino añoranza. Nostalgia de una fe sincera compartida en el marco de una iglesia unida, foro de cohesión socio-espiritual, capaz de provocar una emoción auténtica y humana. En contraste, como sensaciones fuertes, Lázaro no conocerá más que el hambre y el miedo; fuera de ello su mundo adolece de pasión. Es un ente desvitalizado tanto en lo físico como en lo emocional.

a su juicio, en sus sermones daba a entender que los ricos no entrarían en el reino de los cielos⁷. El pobre había sido despojado de su dignidad de *vicarius Christi*. Ya no desempeñaba el crucial papel de mediador entre el rico y la Providencia. En un mundo en el que la dimensión temporal había suplantado a la espiritual, el *sanctus pauper* había sido remplazado por el mediador moderno por antonomasia: la burguesía y sus sacerdotes laicos, los intelectuales; hombres de «artes y letras» —notemos, sin embargo, que el nuevo protagonista de la escena social brilla por su ausencia en el *Lazarillo*—.

El humanismo internacional, en nombre de la dignidad humana, condenaba unánimemente a la pobreza en sus manifestaciones físicas. Este pensamiento, progresista en el ámbito teórico, en la práctica acarrea un lastre: ¿qué hacer con los pobres de carne y hueso? El espacio humanista no daba cabida al indigente. El mismo Erasmo llegó a la conclusión de que el pobre carecía de función social: «peut-être, la nature a créé ces gens-là pour être gueux»⁸. Al pobre ni se le comprende ni comprende. Lázaro parece ilustrar la confusión experimentada por aquellos grupos sociales desfavorecidos que no habían logrado dar el salto mental cualitativo, requerido por la primera modernidad: «adoraba» bodigos y blasfemaba «sobre la hostia consagrada»; robaba «un par de besos» furtivos al «jarrillo de vino», propinaba con fruición otros «mil» al pan y describía a su mujer en términos de castidad conventual como a «buena hija, diligente» y «servicial». Se había creado un vacío cultural; una tierra de nadie propicia a todo tipo de aberraciones. Sin poder recurrir a las normas establecidas por el cristianismo tradicional, en su necesidad de encontrar sentido a una vida marcada por el hambre, Lázaro se forja un providencialismo oportunista como antídoto a la desesperación. Encuentra un aliado en un dios inventado, una variante del «amigo imaginario» del ámbito psicopatológico, que le proveía de muertos para asegurar su sustento: «viendo el Señor mi rabiosa y continua muerte pienso que holgaba de matarlos por darme a mí vida». En un mundo carente de posesiones, sin necesidad de aritmética, Lázaro, en este episodio de delirio antropófago, nos sorprende con su agilidad numérica llevando una estricta contabilidad macabra: «Deseaba y aun rogaba a Dios que cada día matase al suyo... como se suele decir... que le llevase de aqueste mundo», mas «en todo el tiempo que allí estuve... solas veinte personas fallecieron». La piedad interiorizada era apta para las élites, pero quedaba fuera del alcance del pueblo. El cisma recogido en el *Lazarillo* trasciende el ámbito social, es una fractura de orden existencial.

Los humanistas concebían al ser humano como un agente moral autónomo dotado de voluntad independiente, responsable de su destino tanto terrenal como divino. La libertad bien entendida, conjunción de saber, poder y querer, conducía a la virtud. Ética y estética quedaban gráficamente fundidas en la representación de la elección

⁷ BAROJA, J. C., *Las formas complejas de la vida religiosa Religión, sociedad y carácter en España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1978, p. 450.

⁸ MOLLAT, M., *Les pauvres au Moyen-Age*, Bruxelles, 1984, p. 356.

de Hércules en su versión petrarquista; éste sería uno de los temas predilectos de la pintura renacentista. Hércules aparecía sumido en profunda meditación al pie de una encrucijada que le ofrecía dos opciones, representadas por dos figuras femeninas: la vía del placer o la vía del deber. Nuestro Lázaro se libraría de dicho dilema ya que su derrotero de iniciación, trazado de antemano como puente único, no le brindaba la oportunidad de una ruta alternativa. Lázaro se adentró por su asendereado peregrinar como por un callejón sin salida, guiado por la voluntad de un amo invidente; es decir, a ciegas. El pasaje de Lázaro de orilla a orilla del Tormes denuncia el escándalo que suponía tanto desperdicio de potencial humano. Condenado por pobre a permanecer en un estado de infrahumanidad perpetua, desconocedor de su sentencia, el niño correteado confiado hacia su malogrado porvenir. Se vería forzado a trocar la posibilidad de una existencia plena por un régimen de supervivencia; la capacidad de reflexión por la inmediatez del reflejo instantáneo; la previsión por el constante acecho de lo imprevisible; la amplitud de horizontes por una visión limitada, ilustrada por el encuentro con el «animal de piedra» que la obstaculiza, impidiéndole anticipar la cornada. Este reduccionismo existencial se hace intolerable al acontecer en el seno de un brillante mundo en expansión. El humanismo ofrecía oportunidades de desarrollo humano hasta entonces nunca soñadas. Con despiadado cinismo, el cura de Maqueda, en lapidaria exhortación, apuntala gráficamente la profundidad del sentimiento de frustración experimentado por aquellos malogrados, conscientes de lo que se perdían: «Toma, come, triunfa, que para ti es el mundo». Expresión muy acertada ya que en 1522 se había completado su circunnavegación, inaugurando de forma incipiente la comunicación a escala planetaria.

El cruce del puente representa el corte con el mundo materno, fuente de afecto y de cierta estabilidad. Tras la simbólica sección del cordón umbilical, Lázaro se irá vaciando de su malogrado potencial, de cuya precoz brillantez había dado pruebas fehacientes. La destrucción de sus facultades se hace patente en el párrafo final. La reseña que Lázaro hace de la entrada del Emperador en Toledo es expositiva, no analítica; además como pregonero la proferiría «a voces», no en el tono susurrante que reservaba antaño a sus penetrantes observaciones privadas. Lázaro no parece establecer una relación entre la situación del César y la suya propia. Se limita a proporcionarnos una visión fugaz; como si hubiese sido percibida sin haber sido asimilada por alguien que la vislumbró en un medio-despejarse de un sopor etílico. Lo breve de la toma sugiere asimismo un instante de lucidez arrancado a un estado de ensimismamiento clínico. Lázaro sumido en profunda depresión como resultado de años de sufrimiento físico y moral se evadía de su infierno interior por medio de los vinos que pregonaba. Su degradante discurrir por el espacio toledano se nos presenta como trágica parodia del ideal de vida humanista. Cuando la élite ilustrada saboreaba con optimista fruición la lucidez de vivir en un Siglo de Oro, Lázaro ahogaba la conciencia de su fracaso en la inconsciencia de la ebriedad. En un mundo imbuido de la importancia de la educación, Lázaro no tuvo quien le guiase. Se vio privado de un proyecto de vida

porque su mundo carecía de intermediarios para ayudarle a interpretarlo. Adoleció tanto de director espiritual como de maestro en humanidades y, sin libertad de elección, se hundió víctima de sus circunstancias. El peregrinar de Lázaro es la (anti) historia de una regresión forzada.

Lázaro está «solo». En un mundo que fomentaba el desarrollo individual, el pobre —privado de medios para alcanzarlo e incluso para concebirlo— no se siente libre, se siente solo. La soledad de Lázaro es expresión de un estado de ánimo colectivo, sufrido por aquellos que habían quedado fuera del proyecto humanista-burgués. Los lazarrillos del seiscientos se sentían abandonados; víctimas de una sacudida cultural que había llegado a fragmentar su propia coherencia interna de grupo. El *Lazarillo* nos presenta dos niveles de pobreza. Como tela de fondo, tras el cordón sanitario del folklore rural, aparecen grupos de pobres formando una suerte de organismo aglutinador, designado como «inocente gente». A nivel protagónico, el pobre parcialmente individualizado presenta rasgos inquietantes. Como noción abstracta la pobreza se seguía tolerando, mas en sus manifestaciones concretas el pobre, sobre todo en el medio urbano, era tenido por peligroso. Esta división de reparto en la obra refleja las actitudes contradictorias del ciudadano de la época hacia la pobreza y el pobre. Ambas coexistían, provocando un clima de palpable tensión. Una confluencia de factores estructurales y coyunturales, entre los que destaca la gran crisis inflacionista que desequilibró dramáticamente la relación sueldos/precios, fue causante de la grave afluencia de bandas itinerantes de desheredados a los centros urbanos. Dada la nueva coyuntura, la Iglesia no podía continuar asumiendo el monopolio asistencial; el indispensable incremento de participación secular en la administración de la beneficencia se transformó en un instrumento de poder en manos de las autoridades civiles de los nuevos estados-naciones. El exiliado humanista español Juan Luis Vives, decano de la reforma asistencial europea, en su tratado *De subventionem pauperum*, refiriéndose a los mendigos declara: «Sepan los regidores de la ciudad que todos estos ciudadanos son de su incumbencia»⁹. Del ámbito religioso que la había santificado, la percepción de la noción de pobreza estaba deslizándose al ámbito del nuevo orden socio-moral humanista que la condenaba. Como consecuencia del citado cambio de dirección se produjo un marcado distanciamiento entre ricos y pobres. La ausencia de clases medias en el *Lazarillo* no es proyección de una situación social concreta, sino reelaboración poética de un vacío afectivo, resultado no sólo de un cambio en la situación económica, sino asimismo de un cambio de mentalidades; fenómeno este último tan real como intangible.

A decir verdad los medianos eran numerosos en el Toledo de la época del *Lazarillo*. Sede Primada de España, segunda en importancia después de Roma, Toledo con más de 10.000 fuegos venía tras Sevilla en cuanto a población. Centro industrial y comercial importante, los burgueses toledanos debieron de participar activamente en los «grandes regocijos y fiestas» organizados para celebrar la llegada del Emperador mencionada

⁹ VIVES, J. L., *Del socorro de los pobres*, cap. I, Libro II, Madrid, 1960.

en el *Lazarillo*. En las Cortes aludidas, los procuradores presionaron para que se implementasen las medidas de control de la mendicidad que se venían discutiendo desde las Cortes de Valladolid de 1518; algunas de las cuales habían incluso ya sido aprobadas, aunque nunca ejecutadas¹⁰. La legislación castellana de 1540, publicada en Medina del Campo en 1544, era una emulación de las ordenanzas sobre la mendicidad y socorro de pobres adoptadas ya entre 1522 y 1525 como proyectos pilotos por las municipalidades de Mons, Strasbourg, Nuremberg e Ypres¹¹. Por su parte, la idea de reorganizar el sistema asistencial castellano llevaba años madurando a distintos niveles de los entes de decisión; ya en 1531 Carlos había pedido a la ciudad de Ypres copia de sus ordenanzas a este respecto¹².

El debate intelectual sobre pobreza y asistencia a la misma era parto del patriciado urbano; un producto impregnado de ética burguesa. El discurso de los legisladores del nuevo orden social era de corte moralista, se expresaba en términos asépticos de virtud *versus* vicio; no obstante su insistencia sobre el acatamiento de la ley paulina de obligación al trabajo, dejaba traslucir la implícita dimensión económica de su «virtuoso» credo. La reforma asistencial estaba a la orden del día tanto en el campo protestante como en el católico; aquél no detentaba el monopolio de esquemas de confinación y empleo de pobres auténticos o «ilegítimos». Linda Martz indica que los grupos de indigentes errabundos infundían parejo temor en ambas comunidades¹³. España no fue una excepción a la regla. Para mediados de siglo, en las ciudades de Zamora, Salamanca, Valladolid, Madrid y Toledo, se había implementado la real ordenanza de 1540, que ante todo pretendía instaurar el control de la mendicidad pública con miras a erradicar su práctica. La era de la beneficencia había despuntado; ello no obstante, la memoria de quince siglos de caridad cristiana no podía ser obliterada por decreto. Ecos de la apasionada controversia que opondría a defensores y detractores de ambas corrientes resuenan por los cauces polémicos del siglo xvi. En España los contendientes serían, por un lado, fray Domingo de Soto, quien en su *Deliberación en la causa de los pobres* (Salamanca, 30 de enero de 1545) defiende el derecho indiscriminado a la limosna y la libertad de movimientos del pobre; y, por otro, fray Juan de Robles, quien respondiendo al susodicho tratado en su *De la orden que en algunos pueblos de España se ha puesto en la limosna, para remedio de los verdaderos pobres* (Salamanca, 25 de marzo de 1545) defiende la real ordenanza de 1540 por considerarla beneficiosa para el orden y salud públicos¹⁴. Robles es un exponente de la secularización de la asistencia; Soto aboga por la devolución a los poderes eclesiásticos de la administración y socorro del pobre: «es aquí de notar que los que habían de hacer estas leyes y los que las habían de

¹⁰ MÁRQUEZ VILLANUEVA, F., *Espiritualidad y literatura en el siglo xvi*, Madrid-Barcelona, 1968, p. 125.

¹¹ MARTZ, L., *Poverty and Welfare in Habsburg Spain, The example of Toledo*, Cambridge, 1983, p. 11.

¹² MÁRQUEZ VILLANUEVA, F., *Espiritualidad*, p. 120, n. 87; *vid. supra* n. 10.

¹³ MARTZ, L., *Poverty and Welfare*, p. 2, *vid. supra* n. 11.

¹⁴ Posteriores iniciativas testimonian de lo candente del tema, no obstante se cerrará el siglo sin que en España se hubiese logrado zanjar sobre el asunto; ambas tendencias seguirían coexistiendo.

ejecutar no habían de ser los seglares, por mejores que sean, sino los obispos y prelados». Sin embargo, reconoce, con singular insistencia, el degradante abandono de sus deberes pastorales por parte de los dignatarios de la Iglesia: «Bien sé que me dirán que los prelados agora no tienen este cuidado; y es ello así verdad». Sus declaraciones no parecen reflejo de intransigencia teológica, sino más bien expresión de pragmatismo, optado, como el menor de los males, por un esclarecido observador de la escena internacional, seriamente comprometido en la causa de los pobres. Comparando las medidas tomadas en el extranjero, con la postura española Soto dirá:

Porque allende que, como tenemos dicho, son gente más política, tienen grandes rentas públicas de donde apartan gran parte para los pobres, como parece en las mismas constituciones de Colonia y de Hipre. Y lo mismo oímos decir de la señoría de Venecia y de Génova y de algunos pueblos de Italia. Y nosotros, no teniendo otro dinero sino el que a ruego mendigamos, no podemos hacer tanta provisión por mejores leyes que hagamos de limosnas ¹⁵.

Dada la situación, Soto llega a la conclusión de que en Castilla «en tanto que la *república* suficientemente no les proveyere, no les puede prohibir el mendigar» ¹⁶. Es decir, incita a que se analice el problema de manera responsable, descartando el descarnado enfoque teórico-oficial, en favor de un acercamiento que sitúe la pobreza en su *situ* socio-existencial: «poner orden y concierto en la limosna de los pobres... como es cosa grande... no basta que la materia en que se emplean sea de sí buena, mas requiere otras muchas circunstancias...». Soto concluye: «Yo no pretendo al sino que aunque se haya de seguir lo que está comenzado, se mire más en ello» ¹⁷. Ésta, asimismo, parece ser la postura del autor, quien al presentarnos la vida de Lázaro «del principio» inserta en su circunstancia, disuade a aquellos que estuviesen irresponsablemente dispuestos a tirar la primera piedra.

Los profesores Bataillon y F. Márquez Villanueva fueron los primeros en sugerir que el *Lazarillo* no sólo refleja la ley de 1540, sino que, asimismo, recoge ecos de la controversia Soto-Robles a la que ésta dio lugar. Tesis ésta que suscribimos y a la que deseamos contribuir añadiendo alguno que otro ejemplo. Sin duda el autor conocía a fondo la postura ideológica de cada contendiente. Éstas aparecen reflejadas en su obra, tanto en la forma como en el fondo. Las respectivas intervenciones de Soto y Robles parecen responder a una encuesta ordenada por el mismo príncipe don Felipe, a quien van dedicadas, a instancias del cardenal Tavera. Frente al revuelo desencadenado por el inicio de ejecución de la citada ley de 1540 publicada en 1544, Felipe, regente desde 1543, quería recoger la diversidad de opiniones con el fin de alcanzar una visión cabal del asunto. Robles dice haber escrito su tratado para acatar la directiva recibida:

¹⁵ SOTO, D., *Deliberación en la causa de los pobres*, Cap. XII, Madrid, 1965.

¹⁶ *Ibid.*, Cap. XI.

¹⁷ *Ibid.*, Cap. I.

el mes de noviembre... pasado, cuando... me encargó que pusiese en escrito los fundamentos que había tenido para aconsejar que se tomase esta orden... porque sabía que había en contrario algunos pareceres de hombres sabios, enviase los motivos del mío para que, cotejando lo uno con lo otro se escojiese lo mejor.

Robles prosigue con su aclaración de intención: «No pude rehusar... lo cual ha sido obligarme más de lo que yo me estaba obligado a dar cuenta de mí»¹⁸. La introducción de Robles nos lleva al *Prólogo* del *Lazarillo* en el que el autor declara, asimismo, escribir por encargo: «vuestra merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso». También hace hincapié en la importancia de tener en cuenta la diversidad de gustos y opiniones: «Mayormente que los gustos no son todos unos... y así vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son.»

Por su parte el eminente teólogo dominico Domingo de Soto abre su tratado dirigiéndose en tono didáctico-confidencial a un interlocutor, que parece ser otro que su destinatario oficial, con afectada humildad, reminiscente de la adoptada por el autor en el *Prólogo* del *Lazarillo*. Soto insiste sobre la importancia de tener un debate abierto —«empero, como es cosa grande, tiene la condición que las otras de su tamaño, que por fuerza ha de tener diversos pareceres»— subrayando la validez de toda contribución, por muy «ignorante» que fuere el contribuyente: «Y a las veces de las dudas de los que menos sabemos toman los prudentes aviso; *que los sabios*, como dijo aquel gran sabio (Prov. I), *por más que sepan, oyendo saben más*»¹⁹. El autor justifica su «nonada» insistiendo sobre el enriquecedor aporte de toda experiencia, por muy «bajo» que fuere el sujeto, al fondo común del conocimiento humano: «a este propósito dice Plinio: *que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena*». Si trasladamos los avisos ofrecidos en el *Prólogo* a la esfera de lo político advertimos que contienen una llamada a un espacio abierto consultativo; un foro de intercambio que admitiese la pluralidad de opiniones y fomentase el diálogo: «que a todos se comunicase». El ejemplo brindado por Soto evoca el ámbito de la palabra hablada, mientras que el del autor parece mas bien referirse al de lo escrito; aunque lo diga un pregonero. Si se admite que el *Lazarillo* fue escrito c. 1554, se aceptará que las susodichas declaraciones, hechas en el marco de un ambiente crecientemente opresivo, tendrían una resonancia mucho más grave y de mayor alcance que las de 1545 de Soto y Robles, que parecen evocar. Estas últimas se limitaban a la concisa esfera de la polémica sobre la reforma asistencial y se dieron bajo el inquisidor general Tavera; a partir de 1546, con Fernando de Valdés, los tiempos cambiarían.

Soto concluye su tratado «como hombre que se va acercando al puerto»²⁰, y el autor su *Prólogo* celebrando a aquellos desfavorecidos de la Fortuna que, no obstante, «salieron a buen puerto». Soto, aunque sin nombrarlo directamente, reservará a Lázaro,

¹⁸ ROBLES, J., *De la orden que en algunos pueblos de España se ha puesto en la limosna, para remedio de los verdaderos pobres*, Preliminares: Dedicatoria, Madrid, 1965.

¹⁹ SOTO, D., *Deliberación*, Cap. I; *vid. supra* n. 15.

²⁰ *Ibid.*, Cap. XII.

el pobre mendigo de la Escritura, la mejor baza de su disertación. Le restaurará en su centralidad evangélica como el criterio determinante de salvación o condena eternas. Para ello recordará el «cuento del rico avariento»²¹. Soto pone sobre aviso frente a las consecuencias que podría acarrear la marginalización del pobre: «podría ser... que quitados ellos de en medio corriesen peligro los más sublimes estados»²². Desde esta perspectiva, la obra del autor parece ilustrar la predicación de Soto. Lázaro es el protagonista. El núcleo de la historia corre, pues, a cargo de un pobre pide-limosna que seguirá de personaje principal incluso en su papel de pregonero. Si bien ya no como pobre por antonomasia, Lázaro, el de los pregones, continuará defendiendo su derecho a ocupar el «medio»; al final lo hará como encarnación del toledano callejero. Si Soto quería mantener al pobre mendigo en medio del casco urbano, Robles quería desplazarlo fuera de la vista. La mendicidad para Robles es como un insulto: «público pregón que los pobres dan de la poca compasión y poca misericordia que dellos tienen los ricos no les queriendo socorrer, sin que les importunen con gritos y voces...»²³. Unas páginas después el benedictino reiterará su postura utilizando la citada analogía tres veces más en un mismo párrafo. A su parecer, uno de los mayores beneficios de la ejecución de la ley de 1540 había consistido en erradicar el pregonar de aquellos «que con achaque de pobreza... infamaban, pregonando como pregonaban los pobres por las calles, la reputación de los pueblos cristianos»²⁴. Recordemos que Robles se situaba en la perspectiva del limosnero desde la que propugnaba la supresión de la mendicidad y su remplazo por la donación voluntaria de limosnas, en lugares específicamente designados. Como era de prever, este nuevo tipo de deontología que relegaba el deber de caridad a la esfera de lo privado, sin por ello proveer una fuente alternativa de ingresos por si el traslado se mostraba infructuoso, estaba abocado al fracaso. Parece que el mismo Robles se mostró muy decepcionado por la tibieza de la acogida que la ciudad de Zamora reservó al nuevo esquema de colecta semanal de limosnas²⁵. Soto abunda en este sentido apoyándose en el resultado de una encuesta que parece haberse llevado a cabo entre los nuevos administradores de la asistencia:

Porque según he oído de otros pueblos a personas fidedignas y según lo que aquí me han referido los mismos que lo tratan, dejadas algunas gruesas limosnas que hacen algunos, muy pocos y muy principales personas y cristianos, toda la suma de la limosna que se hace apenas llega a la tercera parte y otros dicen a la cuarta de lo que se hacía²⁶.

²¹ *Ibid.*, Cap. XI.

²² *Ibid.*, Cap. XII.

²³ ROBLES, J., *De la orden que en algunos pueblos de España, Ordenanzas de la Institución hecha para el remedio de los verdaderos pobres*, *vid. supra* n. 18.

²⁴ *Ibid.*, Tercera parte: de los provechos manifestos que desta santa institución la experiencia ha mostrado que se siguen.

²⁵ MARTZ, L., *Poverty and Welfare*, p. 22, *supra* n. 11.

²⁶ SOTO, D., *Deliberación*, Cap. XI; *vid supra* n. 15.

La dramática disminución en la colecta de limosnas como resultado de la supresión de la mendicidad hubiese podido inducir, en la pluma de un simpatizante de Soto, el provocativo desenlace del *Lazarillo*. Como pregonero todo pasa por él; Lázaro, el que todo lo enlaza, goza de libertad de movimiento y de derecho a dar voces. Por medio de su pregón, el autor revocaría el edicto tratadístico de Robles otorgando al pobre libertad incondicional para denunciar, más allá de la posteridad, la conducta infamante del rico.

Si bien dentro del marco de la controversia Soto-Robles recogida en la «nonada» podría adjudicarse el citado posible sentido simbólico al pregón de Lázaro, en el estricto reducto de la vida de nuestro protagonista el pregonar los vinos del amante de su mujer era una forma de publicar su propia infamia a modo de auto-flagelación. Acercarse al *Lazarillo* como si se tratase únicamente de una trasposición poética de la doctrina pobre-céntrica de Soto sería cuanto menos reduccionista. No obstante, la profunda compasión del autor por la situación de abandono de los menesterosos le sitúa dentro del campo ideológico del dominico. Siempre dentro de una comunidad de sentires con la postura de Soto, la ausencia de medianos en el mundo del *Lazarillo* pudiera ser no sólo expresión de la distancia afectivo-espacial que iba separando a ricos de pobres, sino, asimismo, reivindicación poética de exclusión en versión inversa. Si en el mundo urbano no había sitio para los pobres, en el mundo del *Lazarillo* no lo había para los burgueses. Sin embargo, esta postura de tribuno del pobre no gozaba de muchos adeptos. Se puede decir que Soto era la excepción a la regla. El dominico recusó la filosofía y los medios propuestos por los diversos programas de reforma asistencial del seiscientos, y se enfrentó con las autoridades civiles y religiosas de su tiempo —teólogos de la Sorbona; decisiones conciliares anteriores, exhumadas con el fin de legitimizar la nueva represión, e incluso el mismo Papa— en defensa de las libertades tradicionales del pobre ²⁷. Para Soto la caridad tenía precedencia ante el nuevo orden social burgués.

El desafío de Soto se podría tomar como un acto quijotesco; mas Soto era un gigante. Catedrático de Teología en Salamanca, Prior de Santisteban de la Orden de Predicadores; entre 1547 y 1550 confesor del Emperador y, como resultado de su brillante actuación en el Concilio de Trento, inspirador del refrán: «*Qui soit Sotum soit totum*» ²⁸. Por muy única que fuere su postura, dados la eminencia y el respeto asociados con su persona, las precauciones tomadas por el autor del *Lazarillo* —en el caso de que estuviere disimulando su apoyo a Domingo de Soto tras el subterfugio del anonimato— parecen injustificadas. Sobre todo si se tiene en cuenta que la polémica sobre la reforma asistencial era llevada en público, y que la ejecución de la ley de 1540 resultó mucho menos estricta de lo que se había anticipado. Linda Martz concluye su amplio estudio comparativo sobre la reforma asistencial europea subrayando la moderación de la postura castellana en relación con los demás países. A decir de la citada especialista,

²⁷ MARTZ, L., *Poverty and Welfare*, p. 23; *vid. supra* n. 11.

²⁸ *Ibid.*, p. 23.

este *laissez faire* emanaba de lo más alto; el Emperador no quiso imponer en Castilla las medidas de control social que había hecho vigentes en los Países Bajos ²⁹. En el caso español, Carlos parece haber tenido otras prioridades y en lo relativo a la noción de «control» otros campos de aplicación.

Dadas la relativa clemencia de la postura oficial española y la preeminencia de fray Domingo de Soto, la cautela del autor del *Lazarillo* en proteger su identidad y su apasionada denuncia del sufrimiento anímico del pobre que nos presenta como sumido en un estado de constante temor, resultan difícilmente comprensibles. El *Lazarillo* exuda pavor. El niño vive en un estado de inquietud crónica que puede alcanzar fases paroxísticas. Durante su estancia con el clérigo de Maqueda, Lázaro se verá sometido a una vigilancia constante que acaba por alterar su estado de conciencia y ritmos vitales. No consigue descansar. Padece de insomnio; sus noches alteradas por miedo a las atisigantes indagaciones del clérigo, en pos de la «culebra». Lázaro manifiesta síntomas de comportamiento compulsivo; es dado a repeticiones circulares de actos rituales que apuntan a una neurosis obsesiva. Bajo el acecho constante de su amo y cerbero, Lázaro está condenado a un perpetuo volver a empezar, ilustrado por la alusión a la tela de Penélope: «cuanto él tejía de día, rompía yo de noche». En el mundo de Lázaro no hay salida; no hay futuro; no hay creatividad. En otra ocasión, en Toledo, excepcional por representar un destello de luz en un universo lóbrego, llevado por la alegría de tener un proyecto, por muy prosaico y a corto plazo que fuere, provisto de real y jarro, el niño sube ligero y risueño la cuesta que da en la plaza para proveerse de pan, vino y carne. Mas la vista de un cortejo fúnebre le provocaría un ataque de angustia alucinatoria. Una vez más, sin previo anuncio, se interrumpe la función de su vida. Cae el telón, bloqueando su facultad proyectiva. El horizonte se esfuma y Lázaro se siente atrapado en un existencial callejón sin salida; sin un más allá terrenal o metafísico: «sintió que se le juntaban el cielo con la tierra». Su reacción parece síntoma patológico de algún trauma infantil. Lázaro sufre de crisis de miedo irracional como resultado de la violencia estatal; un miedo que Tierno Galván en términos sociológicos denomina «miedo estructural o miedo instituido» ³⁰. La infancia de Lázaro ha sido marcada por la persecución judicial que en dos ocasiones arruinó con inaudita brutalidad su armoniosa vida familiar. Desde entonces, Lázaro desconfía de los momentos de felicidad, por temor a que su dicha le fuese irremediamente arrebatada. Su padre fue acusado y condenado cuando Lázaro no tenía más que ocho años. Siendo todavía muy niño las autoridades le obligaron a delatar a su propia madre y a su padrastro. El miedo crea la traición. Rememorando las circunstancias de la pesquisa contra Zaide, Lázaro confiesa retrospectivamente no sólo haber cantado, sino, preso de miedo, haberse incluso esmerado en su deposición: «probósele cuanto digo, y aún más, porque a mí con amenazas me preguntaban, y, como niño, respondía y descubría cuanto sabía con miedo». La auto-

²⁹ *Ibid.*, p. 21.

³⁰ TIERNO GALVÁN, E., *Sobre la novela picaresca y otros escritos*, Madrid, 1974, p. 101.

biografía está marcada por y enmarcada dentro de la investigación oficial. El primer acto recogido por su memoria es la acusación y condena de su padre, y el último reseñable es la investigación, oficial u oficiosa, que su misterioso destinatario, «vuestra merced», parece haber iniciado sobre su propio «caso». Entre ambos la fiebre persecutoria de la que había sido víctima a lo largo de su existencia encuentra su expresión paradigmática en la gastroscopia efectuada *ad nauseam* por el penetrante aparato olfativo del ciego que no respetaba ni sus entrañas. En la España del anónimo autor la asfixiante hipertrofia de la esfera pública —manifestación de un Estado confesional en el que lo religioso, lo político e incluso lo social se hallaban entrelazados— lo había invadido todo, violando hasta los nichos mas recónditos y sagrados del ámbito privado: desde lo espiritual hasta lo erótico.

Uno de los mayores responsables de la citada claustrofobia ambiental fue Fernando de Valdés, el inquisidor general (1546-1566), quien por medio de su «política terrorista»³¹ conseguiría paralizar el país, interrumpiendo su devenir. Lazarillo recoge este estancamiento. En el encuentro con el escudero, el tiempo parece haberse suspendido: «mi amo se paró, y yo con él». Como si el relato se situase dentro de un registro psíquico alternativo, encantado, fuera de la historia. El ruido ambiental se apaga, se oye el silencio puntuado por el sonido de las campanas; no pasa nada, sólo las horas, y Lázaro es consciente de su implacable discurrir. La escena, de tenor surrealista, está puntuada por el metálico toque del reloj «que dio las once»; «que dio la una...»; como si el autor quisiera insertar el inquietante sopor español dentro de la temporalidad histórica. El mundo avanzaba y España no se renovaba. El escudero pertenecía a una especie en vías de extinción que no dejaría tras de sí brote alguno: ni retoño biológico; ni legado intelectual o espiritual. La vacuidad de sus aspiraciones corresponde al vacío de su casa. Ello no obstante, dada la manía indagativa nacional, el escribano toma asiento con el fin de establecer un inventario de la nada. Tras la «deshonrosa fuga»³² del escudero, Lázaro vuelve a sentir miedo, «mucho miedo», tanto que, como durante la pesquisa contra Zaide, promete al alguacil «decir lo que le preguntaban». El autor refleja y denuncia un clima de terror que todo lo contorsiona, transformando a un «niño inocente» en un traidor en serie. El *Lazarillo* no sólo se hace eco de la controversia fomentada por las medidas represivas contra la pobreza mendicante, sino que además recoge los susurros de otro grupo silenciado por coetánea y mayor persecución. El autor nos permite auscultar el estado de ánimo de los acusados de «luteranismo». Bajo Valdés, luteranismo era un apelativo genérico con el que se designaba cualquier delito de disidencia, tanto en lo religioso como en lo político o en lo social. La obsesión de Valdés era erradicar todo intento de desviación de lo que el aparato de Estado encabezado por el Consejo de la Inquisición definía como ortodoxia. En palabras de Tierno Galván:

³¹ *Ibid.*, p. 99.

³² AYALA, F., *El Lazarillo reexaminado*, Madrid, 1971, p. 88.

El peligro mayor lo veía Valdés en los intelectuales. También era antigua la idea en él de «visitar» bibliotecas y prohibir y expurgar libros. Del pueblo llano, de los moriscos e incluso de los judíos había poco que temer, el temor mayor venía de la clase media culta, incluyendo en ella a muchos predicadores y teólogos ³³.

Los españoles se sintieron atemorizados por la virulencia del azote valdesiano, especialmente la clase media intelectual ³⁴. Este miedo intenso, omnipresente, queda escenificado en el *Lazarillo* por medio de la ausencia de medianos y el refugio de su autor en el anonimato.

Esta represión que podría asimismo llamarse carolina —conviene recordar que fue Carlos quien designó personalmente al nuevo inquisidor general ³⁵, ya que la Inquisición era un formidable instrumento de control ideológico directamente en manos de la Corona— ³⁶ se cristalizaría con el nombramiento de Fernando de Valdés, que le sería comunicado desde Rastisbona el 31 de julio de 1546 ³⁷; sin embargo, venía anunciándose de lejos. El viraje pudo haberse efectuado en Augsburg durante la ruptura de las negociaciones religiosas con los luteranos ya en 1530. Fue entonces cuando Carlos parece haber llegado a la conclusión de que se imponía el uso de la fuerza: «Era ya el abocamiento a las guerras religiosas en el exterior y al renovado rigor inquisitorial en el interior» ³⁸. Alumbraos y erasmistas iban siendo asimilados a la herejía alemana. Ya en 1533 Rodrigo Manrique —hijo de Alonso Manrique, inquisidor general erasmizante, caído en desgracia en 1529— se lamentaba en una carta a Luis Vives escrita desde París de que en España todo aquel que fuese medianamente culto era tachado de hereje; que los intelectuales iban siendo sometidos a la ley del silencio; que los que perseveraban en la vía de la erudición estaban siendo aterrorizados; que en Alcalá se intentaba erradicar la enseñanza del griego ³⁹. El que Lázaro aprendiese «jerigonza» puede expresar tanto la falta de oportunidades educativas del mundo de la pobreza, como la indigencia cultural en la que iba siendo sumida aquella España amordazada. La última carta conservada de Erasmo a un corresponsal en España se remonta a 1533. Sus amigos iban siendo silenciados uno a uno ⁴⁰. Este progresivo acallamiento parece reflejarse en la obra, pues según ésta avanza los apartes en los que Lázaro testimoniaba

³³ TIerno GALVÁN, E., *Sobre la novela picaresca*, p. 104; *vid. supra* n. 30.

³⁴ *Ibid.*, p. 107.

³⁵ «Cuando en 1547 Carlos V nombró a Valdés inquisidor general le conocía bien, pues había sido nada menos que presidente del Consejo Real. No parece que el nombramiento se debiera a cuestiones de equilibrio interno. La personalidad de Valdés y la «obsesión» del luteranismo debieron de verse por el Emperador como una garantía. Para el Emperador, política imperial y catolicismo eran, en cierto modo, la misma cosa y quizá guiado por esta idea eligió al hombre idóneo», *ibid.*, p. 104.

³⁶ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Felipe II y su tiempo*, Madrid, 1998, p. 64.

³⁷ *Ibid.*, p. 65.

³⁸ *Ibid.*, p. 60.

³⁹ KAMEN, H., *Spain 1469-1714*, London & New York, 1991, p. 117.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 117.

la sutileza de su juicio independiente se van esparciendo hasta desaparecer por completo. Al final sólo nos llegan sus voces, con las que como pregonero publicaba lo que se le había mandado; ya no se perciben los «dije entre mí», con los que antaño se le oía pensar. Desde este enfoque, el hambre padecida por Lázaro y el escudero no era solamente de orden material; era asimismo falta de alimento espiritual. La España que simbolizan adoecía de toda fuente de estímulo o renovación tanto intelectual como anímica. La aciaga «casa» y la «tristeza y silencio de sus moradores» eran reflejo de la desgana vital que cundía en el país como consecuencia de la compresión existencial a la que había sido sometido. «Nos acaeció estar dos o tres días sin comer bocado, ni hablar palabra»: en la densidad de esta sencilla frase el autor recoge los cabos de la temática de su obra. El *Lazarillo* es la denuncia de muchas hambres, entre las que se cuenta el hambre de libertad: «no sólo de pan vive el hombre».

Bajo Valdés, el Consejo de la Inquisición actúa como Tribunal Supremo con potestad en amplios ámbitos de la existencia. La persecución de la madre y del padrastro de Lázaro, y el interés que parece haber despertado su propio *ménage à trois* son ilustrativos de la intromisión inquisitorial en la intimidad doméstica. Su misión no era sólo de orden religioso. En 1554 cuando Carlos se disponía a cubrir las vacantes del citado Consejo con inquisidores teólogos, Valdés le recordó la decisión tomada por los Reyes Católicos fundadores del mismo, quienes sólo nombraban a juristas dada la frecuencia de las causas civiles y criminales a las que había que atender. Excepcionalmente, si la demanda lo requisiere, siempre se podía recurrir a la consulta de algún teólogo ⁴¹. Valdés era un prelado corrupto que contaba con el apoyo del grupo aristocrático que rodeaba a la Corona ⁴². Su obsesión y la de su *entourage* con la indagación queda plasmada en el soliloquio del escudero en el que éste revela sus aspiraciones cortesanas. En palacio no había nada más a la moda que «malsinar a los de casa y a los de afuera, pesquisar y procurar de saber de vidas ajenas». El escudero ha perdido la noción de trasgresión moral; su incondicional abrazo a la corrupción palaciega parece ilustrar lo que Tierno Galván considera como el triunfo de la campaña valdesiana: «la integración ideológica absoluta» ⁴³ de todos los españoles. El mundo de el *Lazarillo* presenta un ambiente perturbado de desquiciamiento espiritual en el que el dolor produce risa, como tras las palizas del niño a manos del ciego; las cosas se antropomorfizan, como «la triste arca»; y las personas se cosifican, como «la cosa del mundo» más querida por Lázaro: su mujer. Dentro de este mismo guión, el desenlace del *Lazarillo* puede leerse como patética culminación de alienación física y mental. Lázaro, cuya función de pregonero incluía el «acompañar los que padecen persecuciones por justicia, y declarar a voces sus delitos», podría ser considerado como una especie de delator oficial. Por medio de su oficio real Lázaro vendría a identificarse con el vicio nacional por anto-

⁴¹ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Felipe II y su Tiempo*, p. 63; *vid. supra* n. 36.

⁴² TIERNO GALVÁN, E., *Sobre la novela picaresca*, p. 104; *vid. supra* n. 30.

⁴³ *Ibid.*, p. 100.

nomasia; además de ejercerlo, por así decirlo, gracias a influencias familiares. Su arreglo doméstico es evocativo del nepotismo valdesiano en el Consejo Inquisitorial: «llegó un momento en que la Inquisición en la cúspide era la familia de Valdés y sus allegados»⁴⁴.

No obstante, el sentido pleno del pregón de Lázaro se nos escapa una vez más. Bien se haga eco de la polémica Soto-Robles o bien de la fiebre malsinadora valdesiana, a fin de cuentas el infamado de la historia no es otro que el pregonero, condenado a declarar a voz en grito su propia bajeza. Pensamos que el autor tenía otros designios para su personaje, a quien en el *Prólogo* ha presentado como heroico y a quien una vez concluida la historia sigue refiriéndose con tierno afecto: *Lazarillo*. El autor es el único en aplicarle el diminutivo; para los demás el protagonista es Lázaro, sin más rodeos. La caracterización final de Lázaro como personificación de una red de intercambios, «casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano», sobre la que carece de toda influencia es reflejo de su insignificancia. Lázaro es un intermediario sin iniciativa propia. Pregona lo que se le ordena sin por ello recibir comisión; como si hubiese retrocedido a una época premonetaria ya no menciona ni las medias blancas. La dimensión comercial de su oficio real es casi un anacronismo. La estéril actividad mercantil del pequeño funcionario toledano suena a triste parodia de los grandes centros del negocio internacional, cuya potestad quedaba labrada en edificios de aplastante solidez, tales como la Bolsa de Anvers inaugurada en 1531 para acoger a tratantes del mundo entero. Pero Lázaro no es responsable de su lamentable situación. Ésta es el resultado de circunstancias que se sitúan fuera de su alcance. El *Prólogo* y el último párrafo que hace las veces de *Epílogo* sitúan respectivamente la «nonada», por la que transcurre la vida del protagonista, en relación con los ámbitos nacional e internacional que la modelan desbordándola. Dado que las limitaciones de su medio ambiente impiden que Lázaro sea capaz de imaginar esos mundos, los citados apéndices corren a cargo del autor, quien actúa como verdadero intermediario, es decir, como intérprete de los acontecimientos. El esbozo que de la sociedad española nos ofrece en el *Prólogo* sugiere un mundo a la deriva como consecuencia de la falta de un cabeza. Éste no aparecerá hasta el párrafo final donde, en medio de la evocación de un victorioso retorno, el pródigo dirigente hará su entrada en escena y en Castilla, marcando el fin de la historia de Lázaro. Desde c. 1554, punto de observación elegido por el autor, se abarcan los movimientos del Emperador fuera del marco temporal circunscrito en la obra. Su aparición se sitúa tras la debacle de 1552: Carlos se había visto obligado a aceptar la división de su fabulosa herencia. La corona imperial sería para su hermano Fernando. El Imperio de los Habsburgos comenzaba a resquebrajarse. No parece coincidencia el que el autor reservase la entrada del «vencido» César para el final de su obra.

La relación del autor del *Lazarillo* y su héroe es la historia de una colaboración. El autor necesitaba hundirse en el anonimato de un pobre para recuperar su derecho

⁴⁴ *Ibid.*, p. 104.

a la palabra; Lazarrillo necesitaba del apoyo de un intelectual para poder articular su grito en palabra y reclamar el reconocimiento de su participación en la Historia. El «pregón de Lázaro» es, cuanto menos, expresión de dos voces; las de dos grupos silenciados por el nuevo orden social: fusión poética creadora de una singular alianza. Alianza incongrua fuera del terreno ficcional, ya que en aquel gran laboratorio social de la Europa del seiscientos, los paladines de la reforma asistencial no eran otros que los representantes de la nueva aristocracia del espíritu; los burgueses pertrechados de ideales humanistas. En la vida real, la mentalidad supuestamente progresista de la clase a la que probablemente pertenecía el autor era el más temible enemigo de los lazarrillos contemporáneos. El autor parece defender una postura minoritaria que le acerca a la expresada por Soto quien, recordemos, insistía en que antes de tomar medidas represivas contra los pobres se mirase más en ello. Pero la visión del autor va más allá que la de Soto. El dominico consideraba al pobre como una categoría aparte, indispensable pero perteneciente a una especie diferenciada. Ilustra gráficamente su postura dicotómica cuando, defendiendo la libertad de mendigar, hace una distinción entre los derechos del «hombre» y los derechos del «pobre»⁴⁵. En la cosmovisión de Soto, al pobre parece haberle sido asignada la función que en la antigua Grecia recaía sobre el *pharmakos*; así haría pensar el argumento con el que concluye su *Deliberación*:

... podría ser que este miserable estado de gente, que en nuestros ojos tenemos por tan abyecto, por los merecimientos de la limosna sustentasen la república. Y que quitados ellos de en medio corriesen peligro los más sublimes estados⁴⁶.

En *Lazarrillo*, sin embargo, desde el mismo *Prólogo* nos habla «un hombre»; el igual de todo lector. El autor trasciende el igualitarismo elitista de los humanistas, reivindicando por medio de la declaración de Lázaro el derecho a su aplicación universal. La noción de igualdad en el *Lazarrillo* será llevada a sus últimas consecuencias. El autor se pondrá en el lugar de su personaje, identificándose con él de tal forma que de la unión de sus experiencias brotará una singular autobiografía. Se puede uno preguntar si la corriente literaria emblemática por el *Lazarrillo* pudiera haber influido en la reticencia española a tomar medidas drásticas en lo relativo a la reforma asistencial u encierro de pobres⁴⁷.

⁴⁵ SOTO, D., *Deliberación*, Cap. XI; *vid. supra* n. 15.

⁴⁶ *Ibid.*, Cap. XII.

⁴⁷ La relativa moderación de la postura española parece ser el resultado de un complejo conjunto de circunstancias. Nos limitaremos a señalar el desajuste provocado por la saña inquisitorial dirigida en España contra aquellos grupos que, de no haber sido tornados ellos mismos en víctimas, hubieren proseguido, como sus homólogos europeos, con su programa de persecución de los pobres. Las respectivas metas de los dos grupos represores presentan una curiosa similitud. La burguesía liberal aspiraba a transformar al pobre de hacienda en pobre de espíritu; y el aparato inquisitorial a transformar a los sospechosos de luteranismo, en su mayoría intelectuales representantes de la mentalidad burguesa, en el «culpable perfecto». Fernando de Valdés «cambiaba las conciencias»: ésta era asimismo la esencia de la filosofía humanista en materia

Autor y personaje llegarían a tal nivel de compenetración que crean la ilusión de univocidad. No obstante, el autor parece haber querido rubricar la obra, con el fin no sólo de asegurar su entronque con la historia, sino de sugerirnos la perspectiva desde donde convendría leerla. Nos indica que el encuentro, al final del *Lazarillo*, de Carlos de Gante —«primer hombre universal en el sentido estricto de la palabra»⁴⁸, emblema de la comunicación a escala planetaria— con Lázaro de Tormes, pobre errabundo tornado pregonero, que se toma por la personificación del intercambio comercial toledano, no es fortuito. El autor parece otorgar al pequeño párrafo que lo relata el valor de epílogo. Lo ha añadido calculadamente para suscitar la relación directa entre los dos destinos, logrando con ello dar a la obra todo su alcance. Al pobre Lázaro que no vislumbraba más que su reducido entorno se le escapa la conexión. La relación se presenta como dos destinos coincidentemente yuxtapuestos, pero en ningún modo ligados. Se nos sugiere que la estrechez del uno pudiere ser consecuencia de la desmesura del otro. Habiendo establecido esta coyuntura, el autor nos invita a un replanteamiento del «caso» de Lázaro, sugiriendo una transferencia de responsabilidades que apunta hacia el que designa como «nuestro victorioso Emperador».

La introducción del citado calificativo encomioso cobra su talante de crítica sarcástica desde la perspectiva histórica desde donde el autor observa la escena. Escribe desde c. 1554, tras las grandes derrotas del fatídico año de 1552. La división del Imperio fue seguida del intento de rapto de Carlos, cuando descansaba en Innsbruck, por Mauricio de Sajonia. Incidente que provocaría la desabrida fuga del César seguida por una notable disminución de su prestigio. Tras el citado desastre, Carlos una vez más se vuelve hacia Castilla y una vez más Castilla ayuda a ¿su? Emperador. Castilla seguía costeando los desaforados gastos que suponían el mantenimiento de la hegemonía dinástica habsburguesa que, desde 1543, era por lo que Carlos realmente luchaba⁴⁹. El primer caballero del Imperio no parecía sentir pudor alguno en dejarse sustentar por sus exangües súbditos castellanos, sometidos a contribuciones fiscales asfixiantes en medio de prolongadas catástrofes naturales. La explotación del pueblo castellano por la política exterior de su señor y la indigna huida de éste nos llevan a la relación escudero/Lázaro. El hidalgo no tenía inconveniente alguno en vivir a expensas de su miserable criadillo, siempre y cuando no se divulgase la noticia. El alimento que el pobre le proveía en la intimidad, le permitía mantener su imagen de marca cara al público. La nobleza del escudero era simplemente aparental, limitada a buenos modales y a cierto *panache*. Su complicidad moral con la corrupción de la gran aristocracia cortesana y su «des-

de reforma asistencial, lograr el pobre «perfecto». Luego quizá los métodos de represión valdesianos no fueren tan idiosincráticamente españoles como se ha venido sugiriendo; lo que sí parece que lo fue, es el que su furia persecutoria se dirigiese contra aquellos grupos que, fuera de España, estaban a su vez ensañándose en perseguir a los pobres. En aquella Europa progresista acabarían consiguiendo su encerramiento y condena a trabajos forzados. TIerno GALVÁN, E., *Sobre la novela picaresca*, p. 103; *vid. supra* n. 30.

⁴⁸ DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *El Antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias*, Madrid, 1978, p. 240.

⁴⁹ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Felipe II y su Tiempo*, p. 135; *vid. supra* n. 36.

honrosa fuga» denuncian la impostura de la pretendida superioridad ética del estamento nobiliario. Asimismo escudero y monarca eran respectivamente representantes de dos tipos de nobleza en vías de extinción. Como cierre de comparación entre el último de los «hidalgos» y el último «rey-soldado» notemos que a Carlos de Gante le hubiese venido como un guante la observación que Lázaro hizo sobre el origen de su amo: «desde... que con él asenté, le conocí ser extranjero, por el poco conocimiento y trato que con los naturales» esta tierra «tenía».

La citada extranjería de Carlos con respecto a Castilla nos retrotrae cronológicamente a las Cortes Generales celebradas en Toledo en 1538-1539, evocadas en la conclusión del *Lazarillo*. En ellas, el Emperador pretendió imponer el servicio de la sisa con el fin de alzar subsidios para acometer al año siguiente su cruzada contra el turco. En medio de «un ambiente de expectación inusitado», la alta nobleza rechazaría la petición del monarca alegando la difícilísima situación por la que Castilla atravesaba como consecuencia de «los dieciocho años que V. M. está en armas por mar y tierra»⁵⁰. El espacio aludido, los dieciocho años de ausencia, parece asimismo haber servido de marco temporal al autor, ya que el *Lazarillo* se desarrolla entre una «cierta armada contra moros», identificada como la expedición de don Hugo de Moncada en 1520 a Djelbes, que acabó en descalabrado desembarco, y las Cortes toledanas, identificadas como las de 1538. En «la de los Gelves», perdió la vida, «por ensalzar la fe», el desterrado Tomé González, padre de nuestro héroe. El que la «nonada» esté enmarcada temporalmente por la evocación de dos campañas bélicas históricas que muy poco tenían que ver con la defensa de las fronteras o intereses españoles, y que tampoco podían ser consideradas como auténticas guerras religiosas, apunta hacia la futilidad del sacrificio de tantos soldados desconocidos, aquí representados por Tomé González, inmolados bajo engañosos epitafios en el altar del faraonismo habsburgués. Tomé González no murió «por ensalzar la fe», sino para incrementar los dominios de Carlos V. Coetáneamente, el movimiento Comunero —al que Tomé de haber seguido en su tierra hubiera podido unirse, en defensa de sus intereses de clase— era aplastado y su grupo social reducido a la miseria. En las Cortes de 1538 se incitó a Carlos a «buscar la paz, pues hasta con los infieles se podía guardar». Se le pediría también que viviera de una vez por todas en sus reinos de Castilla, «acomodando sus gastos a lo que fuere moderación». Y caso de que la guerra fuera inevitable, «que mandara a sus generales, con lo que podría residir en España». Finalmente se le instaría a que abandonase su proyecto de introducir el servicio de la sisa previniéndole sobre sus previsibles consecuencias: el posible estallido de otra rebelión tan seria como la de las Comunidades, «que fue tan grande como liviana ocasión, que estuvo S. M. en punto de perder estos Reynos, y los que le servimos, las vidas y haciendas»⁵¹.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 139.

⁵¹ *Ibid.*, p. 139.

Desde 1546, la virulencia de la represión inquisitorial atemorizó a España, en particular a su clase media intelectual. Tierno Galván la considera como la «segunda ola de miedo»⁵² que atravesó el país en unas pocas décadas. La primera consistió en el aniquilamiento del movimiento comunero. La represión política y la represión religiosa, los dos grandes miedos analizados por el citado historiador encuadran el contorno cronológico-existencial del *Lazarillo*. A estos dos sedimentos de inquietud, el autor añade el del temor del pobre, agudizado por el imprevisible oleaje que sacudió en su travesía a la primera modernidad. No lo explota sino que, aunándolo al sufrimiento de otros grupos perseguidos, como el suyo propio, articula su clamor. De un pregonero, gráfica ilustración de una sociedad pre o anti-comunicación impresa, el autor habrá hecho un memorialista, cuya voz no se ha perdido en el tiempo, sino que ha quedado grabada en las largas ondas de la palabra escrita.

En la España del *Lazarillo* la originalidad de su cauce narrativo ya en sí constituía un acto subversivo, pues las autoridades inquisitoriales recelaban de todo tipo de novedad⁵³. El autor se escabullía de entre las mallas de su red tentacular. La agilidad con que el *Prólogo* se desliza del plano del comentario generalizado al del análisis de la escena sociopolítica española es desconcertante. Esboza un gran fresco tríptico, cuya división ya no corresponde a los cánones medievales; más bien que una aberrante mutación de estos últimos parece la trasposición de un nuevo esquema de reparto social. El lugar de los tradicionales *bellatores* caballerescos aparece ocupado por el simple «soldado», captado protagonizando un acto de heroísmo descrito en el presente histórico, que lo transforma en acto habitual. El de los *oratores* sigue ocupado por religiosos, mas no presentados en ademán de humilde recogimiento, sino más bien como oradores públicos; actores en busca de aplauso: «pregunten a su merced si le pesa, cuando le dicen: ¡Oh, qué maravillosamente lo ha hecho vuestra reverencia!». Los *laboratores* brillan por su ausencia; ni rastro de actividad campesina, artesanal o de negocio a gran escala. No se percibe el revoloteo de haldas de la mercadería ambulante de Celestina, ni los ecos de la sonora autocomplacencia de Pleberio catalogando sus logros: «edifiqué... adquirí... planté... fabriqué» (XXI, p. 337). Fuera de los vinos del arcipreste, la única actividad mercantil reseñable queda reducida a la fabricación de bonetes de algodón por las hilanderas toledanas amigas de Lázaro. En tercer lugar surge un estamento que diríamos bastardizado, compuesto por los «don Fulano» del tiempo, es decir, por la aristocracia cortesana, que mataba su ocio jugando a la guerra y mantenía aduladores a mercedes, en vez de sustentar armadas: «Justó muy ruínmente el señor don Fulano, y dió el sayete de armas al truhán porque le loaba... ¿qué hiciera, si fuera verdad?»

El cuadro descrito a grandes rasgos en el *Prólogo* capta con gran penetración la expresión más característica de la sociedad española, dentro del marco de la escena europea. La utilización de la pólvora para fines bélicos no sólo transformó el arte de

⁵² TIERNO GALVÁN, E., *Sobre la novela picaresca*, p. 107; *vid. supra* n. 30.

⁵³ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Felipe II y su Tiempo*, p. 346; *vid. supra* n. 36.

la guerra, sino que fue tan influyente elemento de cambio en el ámbito socio-político, como lo había sido la imprenta en el intelectual. La aparición de la infantería había proletarizado las batallas. Como era de esperar el soldado raso era carne de cañón; las «orugas o saltamontes» caían por miles sin recibir mención alguna por sus sacrificios. El autor reivindica la importancia del papel desempeñado por el nuevo soldado; al hacerlo mata dos pájaros de un solo tiro: a un tiempo que celebra su heroísmo, denuncia entre líneas la cobardía de la deshonrosa fuga de Innsbruck del emperador-soldado. La sociedad que nos esboza está compuesta por clero y nobleza; notamos la total ausencia del pueblo laico, y en particular la de sus clases boyantes, los nuevos intermediarios burgueses: mercaderes e intelectuales. Lázaro cuenta una historia que se desarrolla predominantemente en un medio urbano; no obstante, siguiendo de cerca el esquema trazado en el *Prólogo*, se hace escasa alusión a los ciudadanos. Esta ausencia puede simbolizar no ya su inexistencia física, sino más bien el abandono de su papel independiente como motor de cambio social. Quizá la ausencia más señalada sea la de los creadores; «las artes y letras» son específicamente mencionadas pero no ilustradas con ningún ejemplo, como para subrayar su carencia⁵⁴. Curiosamente la mención de «artes y letras» queda sintáctica y semánticamente enlazada al ejemplo precedente. Es decir que aquel artista que quisiere darse a conocer corría el mismo peligro que el soldado que se destacaba como el «primero de la escala». Ambos arriesgaban heroicamente la vida. Ésa era la gravedad del peligro al que en España se veían expuestos aquellos que se atrevían a publicar su opinión. El atosigamiento al que estaban sometidos se manifiesta nuevamente cuando, unas líneas después, el autor encomia la proeza de aquellos que conseguían mantener su dignidad a flote dentro de una sociedad acosada por «fortunas, peligros y adversidades». El púlpito se había convertido en un formidable instrumento de control ideológico al servicio de la ortodoxia oficial. Las manifestaciones públicas habían quedado reducidas a las pláticas de los religiosos adeptos al régimen; mas la clase media culta perseguida incluía a muchos predicadores y teólogos cuyas homilías y escritos no eran tan apreciados como la predicación del «presentado» del *Prólogo*. Como muestra emblemática nos limitaremos a recordar la oposición encontrada por el movimiento del Maestro Juan de Ávila. Se ha dicho que la Inquisición de Valdés era un tribunal del espíritu que cambiaba las conciencias⁵⁵. Su fuerza de «persuasión» queda ilustrada en la timorata declaración de todo un Domingo de Soto, intentando eludir el tener que pronunciarse sobre los escritos de su amigo, colega conciliar y arzobispo de Toledo, fray Bartolomé Carranza. Cuesta reconocer al que había sido intrépido campeón de la causa de los pobres en la siguiente circunvolución:

⁵⁴ Ello queda corroborado en la obra donde, como avergonzado por la esterilidad artística nacional, el narrador menciona como de pasada al pintor de panderos para el que Lázaro molió colores.

⁵⁵ TIerno GALVÁN, E., *Sobre la novela picaresca*, p. 103; *vid. supra* n. 30.

... hay palabras que tomadas *in rigore ut jacent*, que es lo que ellos compelen a decir, hacen mal sentido, y algunos no se podrían escapar del mal nombre, el cual yo no quería saliese por mi boca y por eso me tengo de excusar... ⁵⁶

Puede que la cita no sea expresión de un cambio de conciencia, mas si del amilanamiento de uno de los ánimos más esforzados del país.

Si una personalidad de la talla de Soto podía presentar tales síntomas de inhibición, ¡cuál no sería el efecto de los métodos valdesianos sobre el español medio, impresionable y acobardado como nuestro Lázaro! El cuadro esbozado en el *Prólogo* no representa una sociedad integrada, sino una serie de grupos inconexos. Grupos desvitalizados en los que el único impulso reseñable parece suicida, como en el caso del soldado temerario. El desquiciamiento general ha acabado por trastornar el sentido crítico de Lázaro; el autor acude a su rescate revelándole en la introducción el deletéreo trasfondo sobre el que se proyectaba su vida. Apuntará a sus muchas circunstancias atenuantes y le hará ver que uno puede sentirse culpable sin por ello ser responsable. Lázaro no ha conseguido superar su trauma infantil. Su memoria se recrea en dolorosos recuerdos que mantienen vivo su sentimiento de culpabilidad. Se detiene a explicar cómo, durante la pesquisa contra Zaide, preso de pánico «respondía y descubría cuanto sabía con miedo, hasta ciertas herraduras, que por mandado de mi madre a un herrero vendí». La distorsión neurótica causada en el niño por aquel terror primordial sigue obsesionando al Lázaro adulto, cuyo aplastante sentimiento de culpabilidad no guarda relación alguna con la trivialidad objetiva de su supuesta falta. El caso de las «herraduras» es ilustrativo de las consecuencias a largo plazo de los sistemas de «derecho procesal penal idealista», como el practicado por Valdés, que «orientan el proceso en el sentido de identificarlo psicológicamente con la culpabilidad predeterminada» ⁵⁷. Sometido a parejas amenazas, en el caso del escudero, Lázaro denunciará una segunda vez. Víctima-síntoma del trastorno circundante, Lázaro acabará identificándose con lo que cree ser su culpa; el pregonero puede considerarse como encarnación pública de la delación. Integración ideológica o auto/condena a la expiación perpetua. Nos inclinamos por esta última.

Atormentado por la voz de su conciencia de la que no puede huir como lo hizo su madre de las «malas lenguas» cambiándose de barrio, Lázaro sólo conseguirá silenciar la suya confesando. La intervención del autor consigue transformar lo que podía haber sido su tercera delación en catártica autobiografía. Desde los horizontes esbozados en el *Prólogo* nos llega la sosegada y firme declaración de un Lázaro liberado: «confesando yo no ser más sancto que mis vecinos». El desgarró íntimo hasta entonces sufrido por el pregonero simboliza el conflicto de aquellos que debido a las circunstancias habían aceptado el hacerse partícipes de un sistema que reprobaban y por el que se sabían envilecidos; pero con el que, no obstante, quedaban identificados a ojos del mundo.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 101.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 102.

En realidad Lázaro se mantiene a una distancia crítica de su función, con la que no se identifica ni psicológica ni intelectualmente. Por eso sufre, porque tiene conciencia. En el mundo amoral descrito por el escudero, Lázaro reintroduce con dolor la noción de trasgresión, que él llegará a encarnar. Lázaro se confiesa frente a su conciencia, no frente a un sistema corrupto. Contrariamente a su padre que confesó y no negó, Lázaro niega aquello de lo que el sistema le acusa.

En un mundo sin intermediarios, el autor —resistiendo a la peligrosa tentación del alago, manteniéndose en el anónimo— se arriesgará a reanudar su vocación de intelectual, asumiendo el papel de intérprete social. Para ello precisará la colaboración de Lázaro, su intérprete, quien a su vez restablecerá al pobre en su papel de intercesor. Lázaro enlaza lo uno con lo otro, invistiendo de sentido aquella sociedad fracturada que había llegado a representar el reino de lo absurdo. Los pobres que no habían sido reciclados para alguna ocupación útil como la guerra parecen haber sido barridos del panorama social. El autor les devolverá al centro de la escena, representándoles como depositarios de los principios de la malograda burguesía y como herederos únicos de los valores cristianos. La laboriosidad y la caridad en el *Lazarillo* corren a cargo de los pobres, los cuales nos son presentados no como el grupo amenazante, sino como el grupo amenazado. Si para el hombre del Siglo de Oro el nombre era un signo⁵⁸, el autor nos invita a ir mas allá de las apariencias y, dejando a un lado las infamantes connotaciones de «Antona», de «molinería», de «moza de mesón», por no citar más que unas cuantas, nos invita a observar sin prejuicios la conducta de los padres de Lázaro.

Tomé ejerció el mismo oficio durante más de quince años; lo que es indicativo de eficacia y formalidad. En un momento dado fue acusado de hurto; la nimiedad del cual queda atestiguada por el hecho de que se trataba de «ciertas sangrías... en los costales de los que allí a moler venían». En otras palabras, se trataba del hurto de pequeñas cantidades de cereal, es decir, de un producto de primera necesidad. Víctima quizá de lo que se ha llamado la revolución de los precios, Tomé se pudo haber visto obligado a recurrir a lo dicho, para alimentar a su familia. La desproporción entre crimen y castigo es provocativa. El autor —quien con estudiada hipérbole califica el incidente de «desastre»— invita a conjeturar sobre cuál hubiese sido, proporcionalmente, la condena adecuada para los culpables de desangre a gran escala; como en el caso de Carlos V respecto a la imposición a Castilla de una debilitante contribución a los gastos imperiales. A Antona, obrera y ama de casa, le tomó el parto en la aceña, donde parece haber ayudado a su marido por las noches. Viéndose más tarde viuda y desamparada no capituló, sino que siguió luchando. Animada por el espíritu comunero que en Castilla había arrastrado a una parte del campesinado en pos de la burguesía urbana en su lucha

⁵⁸ PIÑERO RAMÍREZ, P. M., «Lázaro de Tormes (el original y el de los atunes), Caballero en clave paródica», *Bulletin Hispanique*, 96/1 (1994), pp. 133-151 y 137.

antiseñorial⁵⁹, Antona se fue a la capital con la determinación de «arrimarse a los buenos por ser uno de ellos». En Villalar los ideales del levantamiento quedarían en agua de borrajas. De parecida manera y no obstante su espíritu batallador, Antona sería aplastada por la reacción nobiliaria, simbolizada por la persecución sufrida a manos del mayordomo del Comendador.

La emprendedora Antona luchaba por sacar adelante a su hijito acometiendo de frente dos arduas tareas: cocinera y lavandera; y todo ello sin dejar de ser mujer y joven. Antona se relacionó con Zaide, mozo de cuerdas, viril y laborioso, con quien compartía un mismo sentido de responsabilidad. Se enamoraron y formaron un hogar. Zaide adoptó a Lázaro, a quien la pareja pronto daría un hermanico que le haría veces de juguete. Éste fue el mayor acercamiento de nuestro héroe al universo lúdico de la infancia. El nido en el que Antona y Zaide criaban a sus pequeñuelos era un modelo de armónica domesticidad. Por su equilibrio y mesura —que contrastaban con el lujo desmedido de la casa del Comendador, a juzgar por sus caballerizas— parecía ilustración del ideal propuesto por Leon Battista Alberti en su tratado *Della famiglia*. Con la salvedad de que en el caso de Antona y Zaide, a la hora de escoger compañero, no entraba el factor cálculo, inseparable de la mentalidad burguesa; Zaide era esclavo y Antona lavandera. Su unión estaba cimentada en el amor. Libre de prejuicios sociales o raciales era, y sigue siéndolo, un modelo de alianza. El fruto de su cariño, se nos precisa, fue «un negrito muy bonito». El autor no denuncia la libre relación amorosa, ni los hurtillos a los que la necesidad obliga a Zaide. Denuncia una sociedad que aceptaba la esclavitud, preciaba más a los animales que a los seres humanos, y daba pruebas de curiosidad morbosa en sus indagaciones de la vida de los pobres. De nuevo el literato y el teólogo concuerdan, hasta tal punto que la escena referida podría considerarse como ficcionalización de la teoría de Soto. Este decía:

Porque la verdad poner tantos ojos y tantos ejecutores contra los pobres, que no tengan otro negocio sino el escudriñarlos y acusarlos y examinarlos, no parece nacer tanto del amor y misericordia de los verdaderos pobres como de algún odio a hastío de todo este miserable estado. Principalmente que aún las justicias no traen tanto cuidado en rastrear las culpas de los ricos sino bástaes que los que caen en sus manos esos castiguen⁶⁰.

El dominico concluiría relativizando la «culpa» achacada al pobre: «a las veces, los pobres por consolarse de sus molestias y aflicciones hacen algunas culpas que no son tan grandes como las que otros por gran prosperidad y exceso de regalos cometen»⁶¹. La menor cuantía del hurto de Zaide en contraste con la desmesura del lujo del Comendador parecen ilustrar este punto.

⁵⁹ TIerno GALVÁN, E., *Sobre la novela picaresca*, p. 109; *vid. supra* n. 30.

⁶⁰ SOTO, D., *Deliberacion*, Cap. IX; *vid. supra* n. 15.

⁶¹ *Ibid.*, Cap. X; *vid. supra* n. 15.

La pesquisa contra Zaide dio al traste con todo. Mas Antona no capitula; sigue luchando por sacar sus hijos adelante, «padeciendo mil importunidades» en el «mesón de la Solana». No obstante, las múltiples agresiones han acabado por robarle su sueño esperanzador. Antona ya no cree en la posibilidad de la salvación temporal; en sus palabras de despedida recomendará a su hijo, no ya que se arrime a los buenos sino que procure ser bueno. Lo que es ilustrativo de regresión. Antona ha caído en la resignación de las generaciones pasadas, aceptando que la salvación de los pobres estaba en la otra vida, y que ésta se alcanzaba por medio de la virtud; por el abandono del afán de medro. Víctima del proceso de integración ideológica, Antona ha caído en la trampa. No obstante, el autor defiende hasta el final su dignidad de madre esforzada. Sabiendo que era el adiós definitivo, se despide de su hijo en una escena de conmovedora sobriedad. Provee a Lázaro de un pequeño hatillo en el que ha deslizado toda su herencia: el recuerdo de su afecto; su bendición de madre; la imagen idealizada de un padre heroico; dos valiosos consejos: «procura de ser bueno» y «válete por ti» y un deseo, que «Dios te guíe». La escena ilustrativa de amor materno/filial pudo haber sido pensada para contrarrestar la envilecedora propaganda que acusaba a los pobres, considerados ilegítimos, de tullir a sus propios hijos, para con ello sobornar a los ricos a que les dieran limosna⁶². El acopio afectivo de Lázaro queda reducido a esta despedida; a partir de este momento nadie más le querrá de verdad. No obstante la modestia de su haber, a los ojos del mundo Lázaro sería considerado tan responsable como el más regalado de los hombres, mas nunca su igual en lo relativo a oportunidades o derechos. Se puede decir que el adiós a su madre simbolizó el paso de Lázaro del ámbito de la sonrisa al de la risa soez; del tono de la confidencia al del grito desaforado; del de la reflexión interior al de la confesión pública. El itinerario de Lázaro ilustra el cambio de actitud hacia el pobre durante su travesía de la primera modernidad; poco a poco se le iba despersonalizando, se iba invadiendo su recinto hasta acabar convirtiéndolo en propiedad pública.

No obstante la creciente dureza de las condiciones de vida, en los medios desafortunados se seguían dando pruebas de compasión humana. La gente sencilla acudía bien al socorro de un Lázaro herido, bien al de un ciego descalabrado. Los rústicos intercederían por el presunto moribundo que creían poseído del demonio: pues Dios «nos manda que no volvamos mal por mal y perdonemos las injurias». Lázaro también se mostrará misericordioso. A su padre llama bienaventurado, a su padrastro y madre, el «triste» y la «triste» respectivamente, a su primer amo, «el triste ciego». Por el escudero sentirá gran «lástima», a los aldeanos ignorantes llama «buenos hombres» y al buldero «el industrioso e inventivo de mi amo». Finalmente —buen conocedor de la condición de la mujer pobre por sus años de convivencia con su madre— se arriesgará a pasar a la posteridad tachado de cornudo complaciente y blasfemador, por defender

⁶² ROBLES, J., *De la orden que en algunos pueblos de España*, "Ordenanzas de la Institución hecha para remedio de los verdaderos pobres"; *vid supra* n. 18.

a su esposa: «que yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo». No obstante, cuando ésta se puso a echar «juramentos sobre sí», Lázaro temió que se les viniera la casa encima. Lo que da a entender que era lúcido sobre el pasado y presente de su consorte. Mas ante todo Lázaro era consciente de las indignidades a las que obliga la miseria, y por eso podía declarar sin contradecirse que también era «buena... diligente» y «servicial». Y Lázaro decía la verdad. Además, el apiadarse de ella era un ruego a que el lector se apiadase de él. Quizá lo que nuestro héroe buscaba era su propia absolución. El autor se la otorgará mostrándose tan consciente de sus circunstancias como el propio Lázaro lo fue de las de su mujer. Conseguiría mostrarnos que Lázaro no actuó libremente, sino que agotado por una vida de «trabajos y fatigas» se acogió a la única salida que se le ofrecía para poder poner fin a su atormentada historia. Lo que le importaba era acabar. Lázaro lanza su último pregón antes de enterrarse en la «sepultura del olvido», como si se tratase de uno de los muchos ajusticiados a los que acompañó en su último trayecto. Mas el pregonero sabe que su suerte será distinta; se dispone a descansar, pues se sabe reivindicado. Gracias al libro su recuerdo perdurará y su caso no será juzgado por una somera acusación final, sino que la posteridad leerá la historia de su vida «del principio».

El *Lazarillo* es como un caleidoscopio por el que se proyectan las sombras de un buen número de personajes influyentes de la historia contemporánea. Reconocemos a los poderosísimos Fugger, financiadores en 1515 de la operación indulgenciaria Medecis/Brandebourg, cuya recaudación estaba destinada a la construcción de San Pedro de Roma⁶³; bulderos, pues, «al por mayor». La referencia directa al duque de Escalona se ha interpretado como referencia al foco iluminista formado en torno al anciano aristócrata. Dada la fecha de redacción de la obra, pudiera, asimismo, aludir al generosísimo aporte castellano a las arcas imperiales tras las derrotas de 1552; destacándose el duque de Escalona como su mayor contribuidor con una donación de 80.000 ducados⁶⁴. El celo persecutorio del inquisidor Fernando de Valdés se propaga por las páginas del *Lazarillo* haciéndose casi tangible. Juan Martínez Silíceo, arzobispo de Toledo (1546-1557), y su *estatuto de limpieza de sangre* (Toledo 1547) se dejan entrever en la obsesión por la limpieza del no muy pulcro escudero; mientras que su compasión hacia el necesitado le aproxima a la postura del autor y a la de Domingo de Soto⁶⁵. La actuación de Silíceo tras los desastres naturales acaecidos en la región de Toledo

⁶³ CHAUNU, P., *Le Temps des Réformes. Histoire religieuse et système de civilisation, La réforme protestante*, Bruxelles, 1984, p. 433.

⁶⁴ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Felipe II y su Tiempo*, p. 732; *vid. supra* n. 36.

⁶⁵ Las circunstancias del arzobispo Juan Martínez Silíceo y las de Lázaro presentan más de un punto de convergencia: humildad de origen; uso de apelativo adoptado a guisa del apellido auténtico: «Silíceo» es latinización de Guijarro; la práctica de la mendicidad: Silíceo vivía como mendicante en París «hasta que un día un gentilhombre compasivo le alberga», y en relación inversa, cuando el uno era pregonero, «tan grandes eran» la «austeridad» y «disciplina» del otro —Silíceo «no podía nunca nada, ni siquiera cuando

en 1546, y a lo largo de su pontificado, fue de tan abnegada generosidad que llegó a conocerse como el «Padre de los Pobres». Linda Martz considera la actuación de Silíceo como la cristalización de la postura de Soto que defendía el derecho indiscriminado a la caridad⁶⁶. No obstante, una vez más, el autor nos despista; en este caso con su machacante insistir en que en Toledo «ya la caridad se subió al cielo». A no ser que este comentario hubiese sido provocado por la enemistad que Silíceo profesaba a jesuitas y conversos, de origen judío. Como ya se ha dicho, en el *Lazarillo* se oyen ecos de la controversia Soto-Robles, 1545, sobre la reforma asistencial castellana. Puede asimismo que tras la apresurada salida de Torrijos y el enigmático retroceso a Maqueda, se vislumbre el movimiento del maestro Juan de Ávila. Juan de Ávila oyó a Domingo de Soto en la Universidad de Alcalá donde estudió de 1520 a 1523. Por los alrededores de 1525 conoció en Sevilla a Francisco de Contreras (1499-1569), con quien entabló una entrañable amistad. Contreras, entusiasta exponente de la reforma católica, consagró su vida al evangelio y a la educación. Fundó dos colegios dedicados a enseñar la doctrina cristiana, uno en Sevilla y otro en Torrijos⁶⁷. Contreras sustentaba a aquellos alumnos pobres que no podían costear sus estudios. En sus colegios se enseñaba canto, gramática, artes, teología y el trabajo del esparto. Se tiene a Contreras por inspirador de la vocación educativa del maestro de Ávila. Ambos amigos eran tenidos por sospechosos por el Inquisidor General, quien acabaría por aplastar al movimiento educativo-evangelizador⁶⁸. Quizá la única encrucijada que jamás se ofreció a la elección de Lázaro fue la de Torrijos o Maqueda. Guiado por el miedo el niño optó por Maqueda, destruyendo con ello su porvenir. La elección de Lázaro parece ilustración de una realidad histórica a la que ya hemos aludido: «El peligro mayor lo veía Valdés en los intelectuales... Del pueblo llano, de los moriscos e incluso de los judíos había poco que temer»⁶⁹. Uno se pregunta qué hubiese sido de Lázaro de haber asistido a la escuela de Contreras en Torrijos. ¿Se habría convertido en un Thomas Platter poético, consiguiendo por medio de la educación realizar el sueño de su madre haciéndose de los buenos?

El *Lazarillo* denuncia el escándalo de una oportunidad desperdiciada. La esterilidad espiritual e intelectual en la que se hallaba sumida España queda reflejada en la obra

tenía gran necesidad de algo» — que su huesped tomó la costumbre de llamarle *el Mudo*, SICROFF, A., *Los estatutos de limpieza de sangre*, Madrid, 1985, p. 126.

⁶⁶ MARTZ, L., *Poverty and Welfare*, p. 131; *vid. supra* n. 11.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 138.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 139.

⁶⁹ «Maqueda, pueblo de la provincia de Toledo... era, como apunta Blecua, apoyado en Covarrubias, "lugar poblado por judíos"», RODRÍGUEZ, A., y ROMERO, Y., «La posibilidad anti-judaizante del tratado segundo del *Lazarillo*», *Bulletin Hispanique*, 96/1 (1994), pp. 227-234, p. 229, n. 6: «Es de interés, en este sentido, que la decisión del autor de hacer a *Lazarillo* llegar hasta Maqueda al huir de la violencia hecha al amo ciego nos le tiene "Desandando, en parte, el camino andado..." (SÁNCHEZ ROMERALO, 1940). Es decir, que... parece haber habido un especial ahínco por parte del autor en ubicar la acción del Tratado II en ese pueblo... que... Covarrubias todavía recordaría... como "poblado de judíos"».

mediante la ausencia de renovación biológica y la obsesionante pulsión de muerte expresada por el niño-protagonista. No sabemos que fue del «negrito», ni de los tres presuntos hijos paridos por la mujer de Lázaro; vidas truncadas dentro de un mundo que vuelve las espaldas al futuro, como en el caso de la huida de Torrijos a Maqueda. Lázaro no dejará descendencia y nos confiesa que pedía «a Dios muchas veces la muerte». En la vida real el drama de Lázaro era vivido por aquellos que, como el autor, eran conscientes del hundimiento de su país, mas se sentían impotentes para contrarrestarlo. Al igual que Lázaro quien unido al coro de sus propios mofadores le reía las gracias al ciego, los observadores lúcidos de la escena española se veían actuar dentro de ella e iban perdiéndose el respeto a sí mismos. En palabras d'Agrippa d'Aubigné (1552-1630): «la misérable pauvreté na rien de plus misérable que ce quelle rend les hommes ridicules»⁷⁰. Pero el autor quiso salvar la dignidad de su criatura y la suya propia confiriendo, por medio de la distancia crítica que nos ofrece la lectura, una solemnidad casi trágica al último pregón de Lázaro. El pregón de Lázaro se convierte en grito catártico: suma de todas las desilusiones; síntesis de todas las desesperanzas. Voz de múltiples silencios; expresión del dolor humano. Incluyendo el del Emperador: enfermo, desprestigiado, humillado, tan esclavo de las apariencias como el escudero, hidalgo fin de serie del *Lazarillo*; aferrado a su imagen medieval y anacrónica de rey soldado. La plegaria de Lázaro se aplicaba tanto al escudero como al mismo Carlos: «¡Tanta lástima haya Dios de mí, como yo había dél, porque sentí lo que sentía, y muchas veces había por ello pasado y pasaba cada día!» La pequeña «oruga» perdona a su «emperador» porque comparte su sufrir. Además, sabía que lo mismo que le llamaban «Lázaro de Tormes», le podía haber tocado que le llamasen «Carlos de Gante»; ambos eran hombres, ambos presa de sus respectivas circunstancias. Mas la circunstancia se deja con el nombre una vez que se sale de escena; entonces sólo queda el hombre, que en ninguno de los casos escogió su circunstancia. Si el pregón de Lázaro buscaba una expresión pictórica sugeriríamos el *Grito* de Munch; manifestación de la angustia del ser humano, bien fuera emperador, bien pregonero.

⁷⁰ GUTTON, J. P., *La société et les pauvres en Europe (xvi-xviii siècles)*, Vendôme, 1974, p. 99.